

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE

¡ ABAJO LA JUNTA ! ¡ FUERA PINOCHET !

POR LA UNIDAD DE TODOS LOS ANTIFASCISTAS
PARA TERMINAR CON LA TIRANIA Y CONSTRUIR
UNA NUEVA DEMOCRACIA

Se configura una nueva situación política. Comienza a cruzir el edificio de la Junta fascista, como resultado de su creciente aislamiento interno y de la condenación internacional. Se abren perspectivas para el despliegue de la lucha de las masas por sus derechos y el fin de la tiranía. Se viven momentos que pueden adquirir importancia decisiva en nuestra historia.

La lucha de las fuerzas democráticas se desarrolla en condiciones muy difíciles. La tiranía continúa asestando duros golpes, al mismo tiempo que busca darse una estructura institucional con el ilusorio afán de perpetuar el fascismo. A pesar de ello, se amplía la heroica resistencia que, desde el mismo momento del putsch fascista, han sostenido la clase obrera y el movimiento popular; crece el número de los que se oponen activamente a Pinochet, su Junta y su DINA; de hecho, la oposición a la dictadura emerge con más fuerza que nunca; tiende a terminar el tiempo de reflujo de la lucha social; toma cuerpo en la conciencia de millones de chilenos la firme resolución de hacer todo lo posible para poner fin cuanto antes a la dominación de los usurpadores del poder; hasta los corifeos del régimen verifican lo que llaman la «deserción civil», la soledad creciente de los «mandamases»; e, incluso, en grupos afectos a la tiranía se abre paso el convencimiento de que ésta no puede continuar, por lo cual buscan alguna salida que oculte o cambie su imagen.

Ante el pueblo de Chile está planteada una tarea capital: eliminar la dictadura fascista y construir una nueva democracia. El fascismo perturba toda la vida nacional, cierra cualquiera perspectiva progresista, agrava la dramática situación que vive el país. Terminar con la situación creada a partir del golpe no es un problema que alcance sólo a los presos políticos, a los deudos de los asesinados, a los familiares de los perseguidos y desaparecidos, a los exiliados, a las organizaciones obreras y partidos políticos ilegalizados, a los familiares de los perseguidos y desaparecidos, a los exiliados, a las organizaciones obreras y partidos políticos ilegalizados, que son, todos ellos, un blanco evidente de los ataques fascistas. Cada día son más los chilenos que la Junta coloca en la categoría de «enemigos» y trata como tales. El problema de erradicar el fascismo es el asunto básico para el noventa por ciento de los chilenos, para todos los hombres y mujeres, civiles y militares, con sentimientos humanitarios, patrióticos o progresistas, de las más diversa ideologías y condiciones sociales, pues el poder fascista actúa contra el conjunto de nuestro pueblo.

1.- El fascismo, dictadura terrorista de los grupos imperialistas y oligárquicos más parasitarios.

En estos años de fascismo, nuestro pueblo ha vivido una dolorosa experiencia. Ha conocido en carne propia lo que es la dictadura terrorista de los clanes más voraces del gran capital financiero. Los cuatro de la Junta han cometido el crimen de colocar a las Fuerzas Armadas al servicio de tales intereses. Para encaramarse en el poder, dijeron que se proponían desarrollar una política nacional sin seguir esquemas de izquierda ni de derecha, que respetarían los derechos humanos, que asegurarían la libertad y la unidad de los chilenos, que trabajarían por el bien de todos; pero, el gobierno fascista que encabezan es un mero ejecutor de la política del imperialismo y de los monopolios internos y por ello, el reino del abuso, de la arbitrariedad, de la

corrupción, del saqueo y del crimen.

La situación de la clase obrera presenta caracteres dramáticos, es la peor de su historia. Los trabajadores constituyen el centro de la agresión fascista.

La cesantía afecta persistentemente al 20% de la fuerza de trabajo, considerando las 217 mil personas sometidas al sistema de salarios miserables, sin previsión y sin asignaciones, del denominado «empleo mínimo».

El hambre es un flagelo terrible, que sufren millones de chilenos. El drama del pueblo adquiere caracteres pavorosos. Se observa un desarrollo inaudito de la prostitución infantil y juvenil, el ascenso en las cifras de alcoholismo, la elevación de los índices de delincuencia, la mendicidad ampliamente expandida. Aumentan los trastornos mentales y los suicidios. Ha llegado a ocurrir la entrega de hijos por sus madres a la adopción en el extranjero: para salvar sus vidas renuncian a la maternidad. La disminución del consumo en el país, desde el 11 de septiembre de 1973 hasta ahora, supera los siete mil millones de dólares. Esto aparece de las cifras oficiales; pero, la situación del pueblo es todavía peor, porque una minoría de privilegiados acrecienta sus gastos e incurre en derroches fantasiosos, mientras recae la pauperización sobre los hogares modestos. Los niveles de consumo promedio por habitante bajaron de 2.600 calorías antes del fascismo a 2.180 en la actualidad.

La destrucción de la reforma agraria, la ruina de los pequeños y medianos propietarios y la política de concentración de la riqueza en pocas manos produce estragos en el campo. Más de la mitad de los fundos entregados a los campesinos por ley han vuelto a manos de los viejos patrones y las asignaciones de tierra de los asentamientos se han convertido en instrumento de discriminación y de reconstitución del latifundio. Liquidando el sistema de ayuda estatal a los campesinos se les conduce a la crisis. El agricultor que el año pasado adquirió 506 quintales de semillas debió pagar por ellas este año el equivalente de 960 quintales. Esta política se traduce no sólo en ruina personal sino además en ruina nacional. Lo confirman los pésimos rendimientos agrícolas: en 1976 fueron el 28% inferiores a los de 1972.

En la minería quiebran los pirquineros y los pequeños y medianos empresarios. Por ejemplo, en Andacollo hace un año todavía funcionaban 70 plantas de concentrados y hoy quedan 15. La Noranda Mines arrebató sus pertenencias a los mineros arruinados.

Los índices de producción industrial oscilan, a pesar de leves recuperaciones cíclicas, por debajo de los de hace diez años y en niveles 25% inferiores a los alcanzados durante el gobierno popular. El modelo fascista conduce a la bancarrota no sólo a los artesanos y pequeños empresarios, sino también a muchos empresarios medios y hasta grandes.

La brutalidad con que el fascismo impone su política de capitalismo monopolista de Estado es agravada por su carácter dependiente.

Todas las medidas económicas del fascismo están orientadas a favorecer a la oligarquía interna y al gran capital extranjero. Un puñado de empresas multinacionales saquea al país mediante el control de centros estratégicos del proceso económico. Monopolios como la Anaconda recuperan privilegios apropiándose de los abastecimientos mineros y de la comercialización del

cobre. Otros medran a través del servicio de los préstamos de favor otorgados a los fascistas y de los créditos de inversión con que operan las empresas estatales y las del gran capital privado. Se somete a Chile a un drenaje directo de recursos que van al exterior por los conductos del Banco Central, de los Bancos particulares y de las financieras.

La sumisión al capital imperialista se evidencia en el Estatuto del Inversionista Extranjero. Por su intermedio, el país está puesto en venta. La Junta sostiene que, en lo fundamental, el nuevo estatuto consiste en someter al inversionista extranjero a la ley común. Si sólo fuese esto, bastaría para colocar al imperialista en una situación de privilegio, dada su mayor potencialidad; pero, en verdad, le da ventajas adicionales, lo coloca por sobre los empresarios chilenos, otorgándole el acceso irrestricto al mercado de divisas y un régimen tributario optativo entre las normas impositivas generales vigentes o la invariabilidad impositiva por diez años.

El esquema económico de Pinochet y los Chicagos Boys es ajeno y contrario a los intereses de Chile. Está al servicio de los monopolios internos y de las empresas imperialistas promotores del putsch de 1973. Es contrario al desarrollo moderno y pujante del país a que lo conducía el gobierno del presidente Allende con el aumento del poder adquisitivo interno, el desarrollo de sus vínculos con el Mercado Andino, la diversificación de las relaciones internacionales, la ampliación de los intercambios con Europa, Asia y África y el aprovechamiento de las inmensas posibilidades de ayuda del campo socialista. El esquema de Pinochet se orienta a acentuar la dependencia de las multinacionales, a dejar las decisiones sobre los asuntos capitales del país en manos ajenas. Su aplicación presupone la destrucción de gran parte del potencial productivo de Chile, construido en muchos decenios, y el establecimiento de un status semicolonial que sólo contempla el desarrollo de algunas ramas, las llamadas «ventajas comparativas» y que en verdad son las menos dinámicas, acentuando la deformación de la economía y la concentración y centralización de la producción y profundizando la crisis de estructura.

Se usan implacablemente todos los resortes del poder estatal en favor de un reducido grupo de magnates. Se manipula el mercado mediante el abuso de los recursos impositivos, arancelarios, monetarios, crediticios y de otros órdenes, colocados al margen de todo control democrático. Las empresas estatales o con intervención estatal, que debieran operar en beneficio de todos los chilenos, son colocadas al servicio del sector de clase cuyos intereses representa la Junta. De otra parte, se desmantela el patrimonio público, entregándolo a manos privadas o manteniéndolo bajo formas de propiedad estatal según convenga a los mandantes de Pinochet. Los clanes de la oligarquía financiera se apoderan de todo, incluso de los clubes de fútbol profesional, y convierten cada actividad en un nuevo vehículo de saqueo.

El ingreso nacional de los años 1974, 1975 y 1976, comparado con el que habría obtenido el país al ritmo promedio de desarrollo anual que se anotó de 1963 a 1973, arroja una pérdida de quince mil millones de dólares. La realidad aparece así en toda su crudeza. Las modificaciones o correcciones que ha tenido o pueda tener esta política, los desahogos que se produzcan por factores coyunturales como un mayor precio del cobre y las inversiones imperialistas, no cambian ni cambiarán su carácter de clase y su esencia antichilena. Seguirá estando destinada a brindar la riqueza para unos pocos y la miseria para los más.

Las consecuencias morales de tal situación van más allá. Un país no puede dejar de ser afectado por la corrupción que impera en sus sectores dominantes. El escándalo de las financieras y del Banco Osorno y La Unión y otros Bancos, ha permitido vislumbrar la orgía que promueven los fascistas y que paga el pueblo de Chile. Una de las expresiones de esta corrupción es la ubicación en posiciones de poder económico de los altos mandos militares fascistas, que rompe una tradición de las fuerzas armadas chilenas.

2.- Los enemigos fundamentales son los fascistas y los monopolios imperialistas e internos que gobiernan con ellos.

La represión terrorista está ligada indisolublemente a la política económica. Es otra cara de la misma medalla. No se puede aplicar tales medidas de gobierno, que hambread y arruinan a la

gran mayoría, sin instrumentalizar un aparato represivo de inmensas proporciones. La tiranía existe para someter al país a los moldes que convienen a los monopolios nacionales y extranjeros. El fascismo es la antidemocracia, es la dictadura terrorista dirigida en primer término contra la clase obrera, pero también la intolerancia y la persecución de todas las ideas progresistas. Los hechos hablan por sí solos.

Para asegurar la superexplotación de la clase obrera e impedir sus luchas, se ha suprimido las conquistas de la organización sindical. El decreto ley 198 es una parte clave del modelo económico. Prohíbe, prácticamente, toda actividad de los sindicatos, ya que les impide elegir dirigentes, reunirse, presentar pliegos de peticiones, hacer uso del derecho de huelga y llegar a la negociación colectiva. Los dirigentes sindicales consecuentes son expulsados de sus empleos, encarcelados, expatriados o asesinados. La persecución alcanza a todo tipo de organizaciones de masas. Cualquier actividad social, cultural, deportiva o incluso religiosa, adquiere peligrosidad para el régimen por el solo hecho de reafirmar vínculos de solidaridad humana y mostrar una actitud independiente respecto de él.

Consecuencia de esta orientación fue la supresión de los partidos políticos, representativos de la clase obrera y de los sectores medios más conscientes y resueltos, que se agrupan en la Unidad Popular. El ataque a las ideas del marxismo, que son la conciencia de un vasto sector de vanguardia del proletariado chileno desde hace más de sesenta años y que han enarbolado grandes figuras nacionales como Luis Emilio Recabarren, Salvador Allende y Pablo Neruda, se une al rechazo por el fascismo de los valores esenciales del amor cristiano y a su negación del pensamiento racionalista que tiene en el país raíces centenarias. La ilegalización reciente del Partido Demócratacristiano, expresión también de sectores de trabajadores, de capas medias y de elementos de la burguesía afectados por la política fascista, y que es portador de valores éticos e ideológicos opuestos al fascismo, constituye la continuidad lógica de la misma política. En resumen, no se puede esperar de la tiranía otra cosa que no sea la prosecución de su línea de ataque a toda institución, persona o idea democrática y progresista.

El régimen fascista afecta gravemente a la cultura y a la educación. El presupuesto educacional es ahora inferior en el 51% al que hubo durante la presidencia de Allende. Disminuye la escolaridad en todos los niveles. Se han acentuado los factores de frustración de la juventud, a la que se cierra cada vez más los caminos de su formación. La restricción de las funciones universitarias y el alza de las matrículas y otros pagos que deben hacer los estudiantes, impiden a miles de jóvenes con vocación y talento adquirir una profesión y dar su aporte a la patria.

La cultura chilena es proscrita en sus expresiones más altas. No pueden vivir en su tierra los mejores representantes de la música, de la plástica y del cine, muchos de la literatura, del ballet y del teatro, ni un importante contingente de científicos; y aunque en el país hay artistas e investigadores que, desafiando todos los riesgos, hacen una contribución inestimable, lo cierto es que el fascismo ha conseguido rebajar nuestro nivel cultural. Los nombres y las obras de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, Premios Nobel de Literatura, son sistemáticamente silenciados.

La Iglesia Católica, colocada en la disyuntiva de callar frente al fascismo o asumir una actitud de solidaridad con el pueblo agredido, optó por este último camino. Ha hecho mucho en defensa de los perseguidos, de los que sufren, convirtiéndose, como se lo propuso, en una voz de los que no tienen voz, de los proscritos por la tiranía. Sus acciones han creado condiciones que facilitan la actual colaboración de cristianos y marxistas en favor de Chile y de su pueblo, y además ayudan a echar los cimientos de una convivencia creadora y fructífera para el futuro. Sus reiteradas denuncias sobre el carácter nocivo de la denominada «doctrina de la seguridad nacional» y los planteamientos de la declaración de marzo del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile han interpretado criterios ampliamente mayoritarios en nuestro país. Aunque a veces aparezca cediendo a los prejuicios impuestos por la vorágine propagandística del fascismo, eso no altera lo fundamental, o sea el significado esencial de su posición. Y es en razón de ésta que los corifeos de la Junta la atacan, no deteniéndose en el desarrollo de odiosas campañas propagandistas en su contra, de las que pasan a montar provocaciones y perpetrar agresiones directas a algunos de sus personeros.

Ha fracasado la teoría de Pinochet de que es posible someter a un pueblo por el terror y obligarlo a renunciar a la lucha por sus derechos y aspiraciones. El crimen se ha convertido en una secuela permanente de la política fascista.

La represión no se detiene ni podría detenerse, porque se ha convertido en una condición de la existencia de la Junta. Todo intento de presentar, en diversas etapas, la imagen de un proceso de liberalización del régimen, se ha convertido en un engaño. Es efectivo que la resistencia democrática y la solidaridad internacional han obtenido algunos éxitos, con la liberación de muchos presos y han salvado numerosas vidas; pero, de hecho no ha habido jamás liberalización, sino perfeccionamiento y sofisticación de la represión, pasando de su carácter indiscriminado de los primeros meses a selectivo, aunque no menos amplio y brutal, en el último período.

Aquí está el drama de los prisioneros políticos desaparecidos, uno de los peores que afectan a los chilenos. Personalidades conocidas y queridas por nuestro pueblo, dirigentes de la talla humana y política de Víctor Díaz, Exequiel Ponce, Mario Zamorano, Carlos Lorca, Jorge Muñoz, Edgardo Enríquez, Jaime Donato, Ricardo Lagos, Fernando Ortíz, Bernardo Araya y tantos otros, hasta superar los dos mil quinientos, han desaparecidos en las garras de la DINA como si se los hubiera tragado la tierra. Entre ellos están Reinalda del Carmen Pereira, María Olga Flores, Clara Canteros, Michelle Peña, Alicia Herrera y muchas otras valerosas mujeres chilenas. Hay prisioneros desaparecidos hace ya varios años, como son por ejemplo los casos de David Silberman, José Baeza y Bautista van Schowen. De vez en cuando Pinochet, el mayor terrorista y secuestrador que exista, suele hacer aparecer cadáveres mutilados, con signos de horrendas flagelaciones, de algunos de los desaparecidos. El 11 de septiembre último, hizo lanzar en una playa desierta el cadáver destrozado de Marta Ugarte, mujer ejemplar, miembro del Comité Central de nuestro Partido. Este drama conmueve al mundo. Las Naciones Unidas han exigido al tirano la presentación y la libertad de los desaparecidos; pero, se niega a atender el clamor de la humanidad. Los presos políticos deben aparecer. La Junta y sus verdugos de la Dina tienen que responder por cada uno de ellos. No habrá lugar en el mundo que proteja la impunidad de los comprometidos en los crímenes que les afecten.

Las consecuencias de esta situación afectan todos los órdenes de la vida de los chilenos.

Las decenas de miles de asesinados desde el 11 de septiembre de 1973 suman mucho más que las pérdidas de la guerra del Pacífico. Nadie podrá reparar las consecuencias terribles, físicas y psíquicas, que el terror fascista ha dejado en decenas de miles de flagelados, en centenares de miles de presos, en sus parientes, en sus compañeros de trabajo, en sus vecinos y la sistemática destrucción de inmensa cantidad de familias.

Es muy grande el perjuicio que irroga al país la expulsión de gran número de chilenos del territorio nacional, la emigración obligada por razones políticas o económicas de centenares de miles de compatriotas que viven el amargo drama del ostracismo.

El régimen fascista de Pinochet concita el más amplio repudio de la opinión pública internacional. Se ha desplegado un movimiento de solidaridad con nuestro pueblo que abarca las más diversas corrientes sociales y políticas. Pinochet sostiene que las denuncias y condenaciones de sus crímenes serían acciones contra Chile; pero, es evidente que son acciones valiosas en favor de Chile y de su pueblo y enfiladas contra los opresores de nuestra patria. Pinochet, desesperado por el incremento de la solidaridad antifascista, pretende que ella sería únicamente promovida por la Unión Soviética y los comunistas. Es efectivo que la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Cuba revolucionaria, los países del sistema socialista y los partidos comunistas cumplen ejemplarmente sus deberes solidarios, pero no se trata sólo de ellos, porque el repudio al fascismo es ampliamente compartido por numerosos gobiernos capitalistas, los países no alineados, los partidos socialistas y socialdemócratas, la democracia cristiana, amplios sectores radicales y liberales, los movimientos de liberación nacional, sindicatos de todas las tendencias, las Iglesias, las universidades, los deportistas, las mujeres, los jóvenes, los intelectuales y artistas.

La magnitud de esta solidaridad expresa la existencia de un denominador común que existe en todas las naciones: el rechazo al fascismo, resultado de un aprendizaje histórico doloroso e imposible de olvidar. A la vez, en los países capitalistas los pueblos ven con razón en la tragedia de Chile el modelo de las pre-

tensiones de los sectores más retrógrados del imperialismo y la barbarie a que pueden conducir, lo que se confirma cuando experiencias similares transcurren en Brasil, Uruguay, Paraguay y otros países latinoamericanos, en Sudáfrica y en Tailandia. El movimiento de solidaridad ha conducido a un aislamiento internacional de la Junta con escasos precedentes. Al pronunciarse por tercera vez consecutiva contra la tiranía de Pinochet y sus crímenes, la Asamblea General de las Naciones Unidas la ha marcado a fuego.

La solidaridad con nuestro pueblo no decrece, sino que se consolida y acrecienta. El terror bestial con que los usurpadores fascistas han pretendido amedrentar y poner de rodillas a los chilenos se vuelve contra sus autores.

3.- Hay condiciones para que la lucha de masas pase a un nivel superior.

La feroz represión no ha logrado doblegar al pueblo de Chile.

Se han creado nuevas y más favorables condiciones para construir un vasto movimiento de masas en favor de la democracia. La victoria sobre el fascismo no puede nacer más que de una vertiente que ya ha comenzado a brotar: la lucha de millones de chilenos por sus reivindicaciones concretas, por sus demandas más sentidas y por sus derechos, que adquiere muchas veces formas nuevas surgidas en las condiciones de la contienda actual. Si ese movimiento de masas no adquiere un mayor nivel, la tiranía podría perdurar a pesar de la profunda crisis que ha provocado y la afecta.

La acción en favor de los derechos del pueblo es el camino para retomar el curso del desarrollo histórico de nuestra patria, interrumpido violentamente por la tiranía. El fascismo es el intento de invertir el sentido de la historia, de detenerla y, peor aún, de retrotraerla. Por eso emplea su poder brutalmente no sólo para borrar de la vida social lo realizado por Allende, sino también lo avanzado en gobiernos anteriores. Se ha propuesto una tarea odiosa, trágica y, también, imposible. No se puede marchar contra la historia. Como en la vida de cada pueblo, en la de Chile hay luces y sombras; pero, a través de ellas se marca siempre una dirección principal, la del progreso. Hubo la reconquista; pero, Marcó del Pont, Osorio y San Bruno no prevalecieron contra O'Higgins, Manuel Rodríguez, los Carrera. En 1891 hubo un North, un Zañartu, un Körner y un Montt; pero, en el alma de Chile prevalece Balmaceda. Hubo masacres desde la matanza de la Escuela Santa María hasta la de La Coruña y más acá; pero, prevaleció la obra de Recabarren y surgió inmortal el movimiento obrero. Hubo un intento de restauración oligárquica con Alessandri y Ross; pero, triunfó Aguirre Cerda. El movimiento antifascista de hoy resume todo lo que en su época representó el futuro, lo que se fue construyendo contra la regresión de las oligarquías y los imperialismos. El fascismo, por su parte, es la representación de todas las regresiones, de lo que no perdura.

El vasto movimiento democrático que se requiere construir hace pie en nuestra historia, se inspira en el amor a la libertad y a la democracia que está en el corazón y en la conciencia de los habitantes de nuestra tierra, que no han renunciado ni renunciarán jamás a la lucha por esos valores.

En Chile se producen millares de signos de protesta, múltiples expresiones de descontento, que se acentúan en el último período. Las expresiones más significativas provienen de la clase obrera, que ha demostrado en los hechos ser la fuerza fundamental de la resistencia democrática. En medio de inmensas dificultades ha logrado sostener parte importante de sus organizaciones sindicales y actuar en ellas para expresar sus reivindicaciones en las condiciones de la represión fascista. Allí se unen las diversas corrientes ideológicas y democráticas que coexisten en su seno. La presentación de 122 organizaciones para reunirse el Primero de Mayo en Santiago es una prueba de la decisión de no someterse ante la represión y pone en evidencia la conciencia unitaria de los trabajadores. Su rechazo por la Junta muestra el temor del régimen al movimiento obrero. Pinochet intenta dividir los sindicatos y federaciones y consigue la colaboración vergonzosa de uno que otro dirigente impuesto mediante la represión; pero, no logra hacer prosperar sus intentos. Sus maniobras fracasan una tras otra. La decisión de lucha de los trabajadores fue reafirmada por la valerosa denuncia de su situación hecha por 126 organizaciones sindicales de Santiago en seguida

del Primero de Mayo.

El proceso de expresión pública de las protestas abarca a sectores crecientes del pueblo. Las amenazas y las acciones represivas no han conseguido impedir que se sostengan actividades de la Juntas de Vecinos, Centros de Madres, clubes deportivos, organizaciones culturales, comedores fraternales, comité de cesantes y otras múltiples formas de organización, viejas y nuevas, donde se expresan cada día las aspiraciones de las masas.

Otro signo del proceso de aislamiento creciente de la Junta es la crítica y la actividad reivindicativa que comienzan a desplegar las organizaciones que representan a los sectores medios de la población, como los colegios profesionales, las organizaciones de comerciantes y de artesanos o las de los camioneros, además de las de algunos sectores de industriales, que denuncian la situación difícil de sus componentes y del país.

Un capítulo especial representa la acción de los familiares de los presos políticos desaparecidos, en especial de sus esposas, madres, hijas y hermanas. Mediante una lucha tenaz y valerosa, han conseguido romper la cortina de silencio que los fascistas intentaron tender sobre esta sórdida situación. Han obligado, incluso, a elementos caracterizados por su incondicional sumisión a la tiranía, como son en general los miembros del Poder Judicial, a hacer algunos intentos, todavía tímidos, por primera vez después de tantos miles de asesinatos, de proteger a algunos perseguidos. Han conmovido al país y al mundo y han gestado la unidad en la acción de amplios sectores, la de mayor significación conseguida hasta ahora.

En muchos lugares se ha empezado a tejer en la base del pueblo lazos de unidad y comprensión que no existían suficientemente en el pasado. La lucha contra el fascismo ha ayudado a romper viejos sectarismos que dañaban al pueblo y resentían sus fuerzas. Se han creado nuevos vínculos entre marxista y cristianos, laicos y religiosos, militantes de la Unidad Popular y de la Democracia Cristiana. El valor de cada una de estas acciones es inmenso. Son manifestaciones que, independientemente de su envergadura, han significado a los que han participado en ella jergarse la libertad y a veces la vida.

Sin embargo, lo que está planteado es que la protesta del pueblo adquiera la fuerza de masas que exige la situación. Esta es una necesidad real, un asunto crucial al que todos los patriotas debemos encontrar solución. Alcanzar niveles más altos del movimiento de masas por la reconstrucción democrática no es tarea de uno u otro sector, sino de todos los sectores. Nosotros, comunistas, consideramos nuestro deber hacer en este sentido cuanto esté de nuestra parte.

4. - La unidad democrática contra el fascismo es el camino para salvar a Chile.

Nuestra política es afianzar y desarrollar cada vez más todo lo que une al pueblo. Hemos dicho y debemos repetir que, en nuestra opinión, la Junta se sostiene no sólo ni tanto por la fuerza del terror y el apoyo que le dispensan un grupo reducido de oligarcas y los sectores más agresivos del imperialismo. La insuficiente unidad de las fuerzas antifascistas es lo que complica más decisivamente contra el surgimiento de un movimiento de masas capaz de poner término a la tiranía. Configurar con claridad ante el pueblo una alternativa de poder frente al fascismo que, por su contenido democrático, unitario, popular y realista, galvanice la voluntad de las masas que desean cambiar la situación desastrosa en que viven, conduce a desencadenar la lucha activa de millones.

Un rol muy importante en la construcción del movimiento unitario de masas corresponde a los partidos políticos antifascistas. Pinochet ha puesto todo el peso del inmenso aparato represivo en el empeño de tratar de impedir la actividad política de los chilenos. También en esto ha fracasado. Desde la clandestinidad, los partidos democráticos ilegalizados siguen vivos y luchan. Por diversos canales, sus opiniones y su orientación llegan al pueblo. Hay en curso un debate político que es seguido por millones de compatriotas. Este año han circulado profusamente en el país documentos políticos de nuestro Partido, de los Partidos Socialista y Radical, de la Izquierda Cristiana, del MAPU, del MAPU Obrero Campesino, de la Unidad Popular en su conjunto y de los dirigentes del Partido Demócrata Cristiano. En el exilio ha ocurrido otro tanto.

En los documentos de las diversas colectividades se refleja

que, — en determinados asuntos cruciales que preocupan a la inmensa mayoría — existe un alto grado de consenso, que abarca incluso a organizaciones e instituciones que están más allá de los partidos. Sin embargo, tal consenso no se expresa aún en un acuerdo político que sería el comienzo del fin de la tiranía. En plena coincidencia con nuestros aliados de la Unidad Popular y seguro de interpretar los sentimientos de la mayoría de los chilenos, luchamos por alcanzar dicho acuerdo.

Nuestra primera preocupación es la unidad de la clase obrera. Su roles y será decisivo en el curso de los acontecimientos. Su presencia y su acción constituyen la mejor garantía para que las cosas marchen en el interés de la mayoría, hacia la profundización de la democracia y la erradicación plena del fascismo.

Nuestra política asigna una significación importante y decisiva para los combates del pueblo de Chile a la unidad socialista-comunista. La hemos ido forjando durante decenios. Cada vez que no ha existido o se ha debilitado, ello favoreció al enemigo. Ahora, constatamos con satisfacción que se profundiza y amplía el campo de nuestra posiciones convergentes.

Valorizamos altamente nuestro entendimiento amistoso con cada uno de los partidos integrantes de la Unidad Popular. Consideramos el bloque de la Unidad Popular como una obra de significación histórica. El hecho de que la Unidad Popular haya enfrentado la derrota sin divisiones o deserciones, confrontando los puntos de vista con matices a veces distintos, pero imperando en ella la tendencia — aún en el período de reflujo — a una mayor cohesión y actividad, demuestra que el entendimiento entre los sectores más esclarecidos y avanzados de nuestro pueblo corresponde a necesidades profundas de la sociedad chilena.

Somos concientes de que se requiere a la vez una unidad más amplia. Aprendemos de las amargas lecciones de la experiencia chilena. Nos empeñamos en borrar las barreras de incomprendimientos y de odiosidades en el seno de las fuerzas democráticas y nos inspiramos en el hecho indiscutible de que en la base tienden a unirse los chilenos antifascista, sin distinción ni exclusiones, con respeto mutuo y abordando tareas comunes. Si miramos los hechos cara a cara, podemos concluir que hoy la Unidad Popular no puede, por sí sola, restaurar la democracia y tampoco lo puede hacer el Partido Demócrata Cristiano solo. Lo que dicta la realidad es que se necesita la alianza de todos los que se oponen a la tiranía.

La Unidad Popular se ha pronunciado por este camino. Lo hizo en el manifiesto publicado en diciembre y lo reiteró en la declaración de marzo de nuestros representantes en el exterior, formulada en Estocolmo.

Hemos analizado los documentos de los dirigentes demócratacristianos. Prestamos especial atención a su clara decisión de enfrentar a la tiranía. Además, consideramos importante la determinación de no aceptar democracias restringidas como meta de la lucha contra la Junta. También es digno de destacar el llamado a actuar permanentemente contra la política fascista.

Sin embargo, en esos documentos se hace pie en las diferencias de puntos de vista existentes entre las fuerzas antifascistas respecto del futuro de la sociedad chilena para argumentar contra la amplitud del frente que es necesario alzar contra la dictadura.

Entre los antifascistas existen diferencias y no las ocultamos. Pero ellas no niegan el deber de todos de crear una nueva democracia y de dar curso a los cambios que han madurado en la sociedad chilena.

En los documentos demócratacristianos aparecen algunos juicios, más bien prejuicios, acerca de las concepciones de los comunistas respecto de la libertad. La verdad es que el movimiento que ha planteado correctamente el problema de la libertad y ha hecho, por ello, una contribución inestimable a esa causa, es el movimiento comunista. No pretendemos pedirles a los que no piensan como nosotros que asimilen y acepten nuestras tesis. Proponemos ver en conjunto los hechos objetivos, sacar de ellos las conclusiones y actuar sobre esa base. La clase obrera, desde que hizo su aparición en la escena política chilena, ha mantenido una posición activa en la lucha por la libertad y la democracia y se ha convertido en su impulsor más decidido y en el escollo mayor para los que intentan liquidarla. El Partido Comunista en ninguna circunstancia y bajo ningún pretexto ha asumido en toda su historia actitud alguna contra la libertad y la democracia reales. De acuerdo con esta línea de siempre prestó una contribución decisiva para la derrota de la aventura de Víaux en 1969, sostuvo una política muy clara en el gobierno de

la Unidad Popular y muestra una inquebrantable firmeza ante la tiranía de Pinochet.

La Democracia Cristiana no puede ignorar, y de hecho no ignora, la fuerza de las ideas unitarias. Eco de ellas en su seno es sin duda el llamado a la creación de un frente de los humanistas, aunque lo concibe en forma estrecha, excluyente, inapropiada para enfrentar el fascismo. Y si de humanismo se habla, no debe olvidarse quiénes somos los humanistas más consecuentes.

No es nuestro interés, ni el del pueblo, plantear una discusión reconada sobre estos aspectos. Proponemos simplemente que reconstruyamos una democracia tanto más libre mejor y que dejemos que el pueblo juzgue sobre las opiniones y las acciones de cada cual.

La generación en nuestra patria de un régimen de democracia renovada, de efectiva participación de las mayorías, es la garantía común para todos los antifascistas. No es razonable obstruir la unidad de los que creen en la libertad, cerrando los caminos a la renovación democrática.

Repetimos, la unidad contra la dictadura no significa ni exige a nadie que renuncie a sus principios. Los temas sobre los que se plantean apreciaciones polémicas no son de ningún modo baladíes. Sin embargo no pueden convertirse en fuentes de división y enfrentamiento de las fuerzas democráticas, en factores de dispersión. Ello haría el juego al fascismo y ésto no puede ni debe perderse de vista.

En septiembre pasado presentamos a la consideración de todas las corrientes democráticas chilenas tres proposiciones en torno a las cuales estamos dispuestos a llegar a un pleno acuerdo. Hoy las reiteramos. Llamamos, una vez más, a la Democracia Cristiana y a todos los sectores democráticos, a concertar nuestras fuerzas y nuestra acción para derrotar a la tiranía y emprender en conjunto la magna tarea de sacar a Chile del abismo en que se encuentra. Para terminar con este régimen oprobioso, se requieren la lucha y la unidad, se precisa la acción enérgica y concertada de todo el pueblo, de todas las fuerzas democráticas. Este es el frente antifascista que propiciamos.

La trascendencia para la historia de nuestra patria de la unidad que hemos propuesto hace necesario que cada colectividad política y social actúe con la máxima claridad. Existen y existirán aún muchos puntos en que no sea sencillo arribar a un criterio común. Sin embargo, estamos convencidos de que, si se parte siempre del interés de Chile y de la inmensa mayoría de los chilenos y del respeto a la voluntad soberana del pueblo como principio rector, todos los obstáculos serán allanados para construir una sociedad democrática, próspera y progresista.

En síntesis, nuestra primera proposición es: actuemos unidos para derribar la tiranía; nuestra segunda proposición es: busquemos el consenso que permita construir la nueva democracia; y nuestra tercera proposición es: constituyamos un gobierno con representación de todas las fuerzas antifascistas. Estamos convencidos que estas tres proposiciones representan, en conjunto, la mejor salida para Chile; pero, estamos llanos a considerarlas también en forma separada.

Los representantes en el exterior de los partidos de la Unidad Popular, en su reunión reciente, han propuesto una plataforma de lucha que condensa los objetivos de acción común expuestos por todos los antifascistas como sus aspiraciones mínimas. Ellos son: libertad de todos los presos políticos, reconocidos o desaparecidos, y la amnistía para todos los procesados por el régimen fascista; término del Estado de Sitio, del toque de queda y de las disposiciones de emergencia que atentan contra las libertades públicas; disolución de la DINA; enjuiciamiento de los criminales fascistas por tribunales de Derecho; regreso, con plenas garantías para su vida y libertad, de todos los exiliados; restablecimiento de todos los derechos de los partidos políticos; restablecimiento de todos los derechos sindicales; garantía plena de libertad de prensa, de reunión y de asociación para todas las organizaciones y sectores democráticos; asegurar la existencia de Tribunales de Justicia que no tengan compromiso alguno con el terror que el país ha conocido en estos años y que garanticen los derechos legítimos de cada persona; democratización de las Fuerzas Armadas, sobre la base de la erradicación del fascismo y la reincorporación de los oficiales, suboficiales, clases y soldados expulsados de las filas por la Junta; anulación de todos los acuerdos adoptados por la dictadura que han otorgado indemnizaciones en caso de nacionalizaciones afinadas, así como de los que han despojado a los campesinos de

tierras asignadas en aplicación de la ley de Regormía Agraria; restitución de la autonomía universitaria y eliminación en todos los centros educacionales de la influencia fascista, expulsando de ellos a los agentes de la dictadura; justa participación de todos los chilenos en el esfuerzo y en la renta nacional, devolviendo a los trabajadores y a las capas medias un nivel de vida digno; y reconocimiento al pueblo de su plena soberanía y de sus derechos a decidir sobre los destinos del país.

Esta es la opinión común de la Unidad Popular. Sobre ella pueden y es necesario que se pronuncien todas las fuerzas antifascistas, para conocer sus propias proposiciones y avanzar en el consenso.

Todos pensamos que el pueblo no quiere, porque no va en su interés, el regreso a las pugnas entre las fuerzas democráticas sobre cuestiones en que no caben antagonismos inconciliables y, por el contrario, el diálogo puede fructificar en acuerdo. Por ejemplo, ¿no es posible desde ya estudiar las formas en que se garantizará el respeto irrestricto a los derechos humanos?. La respuesta la consideramos evidente. ¿No sería conveniente, además, exponer los criterios que expresen nuestras coincidencias en cuanto al régimen de partidos políticos, a los derechos de la oposición y al pluralismo? De otra parte, si todos los antifascistas coincidimos en la necesidad de erradicar al fascismo, ¿por qué no precisar las medidas de Derecho que permitirán llevar a cabo esta tarea necesaria? Reiteramos la importancia que reviste el establecimiento de criterios conjuntos sobre la nueva democracia.

En cuanto al gobierno, se dice que éste no es un asunto a ver sino en el momento adecuado, a la hora de su constitución. No discutimos que las circunstancias concretas deberán ser tomadas en cuenta y serán un factor para definir su composición; pero, es necesario tener una actitud desde ya, pues tal actitud definida desde ahora pesará en el resultado final. Estamos por un gobierno conjunto de todos los antifascistas, básicamente de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, porque ese gobierno representaría de veras a la mayoría de la nación.

La Unidad Popular planteó, en su declaración de Estocolmo: «Es necesario avanzar también en la configuración del gobierno provisional antifascista que deberá suceder a la dictadura. Lo que conviene a Chile y a su pueblo es que ese gobierno sea la expresión de todas las fuerzas que contribuyan a la derrota del fascismo y que integre a todas las corrientes de opinión que constituyen la base de la democracia chilena». Un tal gobierno sería una garantía para todos los antifascistas y abrirá paso al pronunciamiento democrático del pueblo sobre el futuro del país.

Los comunistas luchamos por el derrocamiento de la tiranía y su reemplazo por un gobierno de todas las fuerzas democráticas, que erradique totalmente el fascismo y dé paso a un nuevo régimen democrático y al reinicio de los cambios sociales. El Partido Demócrata Cristiano propicia otra solución, la del paso gradual a un régimen de democracia burguesa. Consideramos de suma importancia el dilema de fascismo o democracia; pero, además, estamos convencidos de que Chile necesita ir más allá. Es preciso un nuevo régimen democrático fundamentalmente al servicio de los trabajadores de la ciudad y del campo y de las medias.

Este no es un planteamiento sectario ni estrecho. No es una utopía. Tras el quiebre de la vieja institucionalidad debe surgir una institucionalidad democrática nueva, más libre, más avanzada y de mayor contenido social.

Si en el curso de la lucha por esta salida democrática de fondo se producen eventualmente algunos cambios, como el desplazamiento de Pinochet y su Junta, el pueblo no tendrá una actitud indiferente y considerará tales cambios circunstanciales como un paso en su combate por la libertad y la democracia.

Cualesquiera sean las modificaciones que puedan producirse, los comunistas luchamos y lucharemos por la unidad de todas las fuerzas antifascistas y por un gobierno que las represente ampliamente y conduzca al país por el camino de una auténtica democracia y de las profundas transformaciones sociales. Esta es nuestra política para hoy y para mañana.

5. - Llamamos a emplearse a fondo para abrir el camino de la libertad

En los momentos decisivos por los que atraviesa nuestra patria, nos dirigimos a todos los militantes del Partido y de las

Juventudes Comunistas, llamados a redoblar sus esfuerzos para abrirle camino a la política de lucha y de amplia unidad con que se derrotará al fascismo.

La tiranía ha descargado sobre los partidos populares el peso principal de la represión. Miles de nuestros mejores militantes y dirigentes han caído en la defensa de sus ideales o han conocido la prisión, la tortura o el exilio. Pese a ello decenas de miles de militantes del Partido y de las Juventudes Comunistas siguen luchando heroicamente en la clandestinidad. La tiranía se ha estrellado con la firmeza del Partido de Luis Emilio Recabarren, Elía Lafertte, Ricardo Fonseca, Galo González y Pablo Neruda. A pesar de los duros golpes que hemos recibido, particularmente en el año 1976, el Partido funciona a través del país. La razón de la entereza con que se mantiene está en la fidelidad a sus principios y a la clase que representa, la clase obrera, así como en la profunda raigambre proletaria de sus filas y en la protección multitudinaria que le ofrece el pueblo.

Somos un partido nacido de la entraña de nuestro pueblo. En estos días se conmemoran 65 años de la fundación del Partido Obrero Socialista en Iquique, transformado hace más de 55 años en el actual Partido Comunista de Chile.

Nos enorgullece ser un partido de patriotas a toda prueba que, por lo mismo, sostiene una definida conducta internacionalista. Somos exponentes en nuestro Chile de la clase que en esta época abra nuevos caminos para la humanidad.

La Revolución de Octubre conmemorará dentro de poco 60 años. A lo largo de ese tiempo el socialismo real ha conquistado la admiración de millones de hombres y mujeres progresistas. El primer país socialista, la Unión Soviética, nacida de la epopeya de Octubre, ha cambiado sustancialmente la vida de los pueblos que la integran, asegurándoles el acceso al bienestar, la cultura y la libertad. Son conocidas su firme e ineludible política de paz y su adhesión y apoyo a las luchas progresistas de todos los pueblos del mundo. Esta actitud internacionalista la ha mantenido a costa de no importar cuánto sacrificio. Sólo en la lucha contra el fascismo hitleriano los pueblos de la Unión Soviética perdieron 20 millones de vidas. Así como su comportamiento internacionalista le ha significado la amistad de los pueblos, le concita el odio de los reaccionarios. Un ejemplo típico, hasta el extremo de lo ridículo, es el propio Pinochet. Nostros, comunistas, nos sentimos orgullosos de estar en esto, en nuestra actitud ante la Unión Soviética y el campo socialista, como en todo, en la barricada contraria al tirano. El patriotismo acendrado de los comunistas es inseparable de las concepciones internacionalistas que nos inspiran. Así es desde Recabarren y así seguirá siendo.

La clandestinidad ha educado a miles de combatientes capaces de resistir todas las pruebas y comportarse dignamente ante los fascistas. En esta forma, nuestro partido continuará siendo un pilar fundamental de la resistencia democrática y contribuirá decisivamente a la victoria antifascista. Nuestros militantes mantendrán estrecha vinculación con las actividades de las masas, participarán en cada combate pequeño o grande, seguirán siendo los más tenaces luchadores por la unidad. En medio de su actividad, intensifican la vigilancia revolucionaria para evitar los golpes de las fuerzas represivas.

El Partido se dirige a sus militantes que luchan en el exilio y a todos los chilenos que han sido expulsados o se han visto obligados a salir de su tierra. Los saluda y felicita por su aporte a la causa de la patria y los llama a redoblar sus esfuerzos por hacer que Chile sea de nuevo un asilo contra la opresión y hogar de todos sus hijos.

El Partido se dirige a los trabajadores chilenos, al aguerrido proletariado industrial, minero y agropecuario y a los trabajadores del transporte y de los otros servicios, llamándolos a fortalecer su unidad, elevar su lucha por sus derechos sindicales y políticos, levantar con dinamismo la acción reivindicativa contra la carestía de la vida y la desocupación y por las apremiantes necesidades actuales y hacer pesar su influencia y su espíritu de combate para cohesionar a todo el pueblo.

El Partido se dirige a la juventud que trabaja o estudia y a la que no tiene posibilidades de trabajar ni de estudiar, llamándola a desarrollar sus organizaciones y luchar por el derecho al trabajo, a la educación, a la cultura, al deporte, a la recreación y al descanso, por rescatar las universidades de manos de los fascistas y exigir presupuesto para la educación en todos sus niveles.

El Partido se dirige a las heroicas mujeres chilenas, que se han distinguido en la defensa de los presos políticos y de la in-

fancia desvalida y han escrito páginas inolvidables de valentía y dignidad, llamándolas a continuar por el camino de la lucha y de la unidad, a seguir aportando a la causa de liberar al conjunto del pueblo.

El Partido se dirige a los artistas, intelectuales, profesionales y científicos, llamándolos a defender la cultura de la patria, a irrumpir con la creación artística y la actividad cultural, rompiendo el obscurantismo fascista, exigiendo la derogación de todas las formas que asume la censura y reivindicando el derecho a expresar libremente las ideas.

El Partido se dirige a los campesinos sin tierra, a los campesinos pobres, a los asentados, a los comuneros, a los medianos propietarios rurales, a los chacareros, a los colonos y parceleros, al conjunto de los campesinos chilenos, llamándolos a luchar y unirse contra la prepotencia de los terratenientes fascistas y de la nueva casta de expoliadores.

El Partido se dirige a nuestros hermanos mapuches, llamándolos a reagruparse y luchar por la tierra, por sus derechos y por sus valores culturales.

El Partido se dirige a las capas medias de la ciudad y del campo y a los empresarios no monopolistas, industriales, comerciantes, agricultores y artesanos perjudicados por la política fascista, llamándolos a reaccionar en contra del poder y la voracidad del imperialismo y de la oligarquía financiera que los arruinan.

El Partido se dirige a los Colegios profesionales, llamándolos a tomar un lugar en la defensa de sus propios intereses mancomunados con el movimiento democrático en su conjunto.

El Partido se dirige a los integrantes de las Fuerzas Armadas y Carabineros, que fueron arrastrados por Pinochet y sus secuaces al peor crimen de la historia de Chile, expresándoles que pueden y deben hacer una contribución a la restauración de la democracia. La tiranía ha tratado de presentar las cosas como si su caída significara la degollina para los uniformados, nueva y burda mentira que reemplaza, ahora, a la farsa del Plan Z. El pueblo hace y hará diferencias. Habrá castigo para los verdaderos culpables. Pinochet, Contreras, Merino, Leigh, Mendoza y la camarilla de fascistas y torturadores enrolados en la DINA serán juzgados y condenados conforme a la magnitud de los crímenes que han cometido; pero, la gran mayoría de los uniformados no tienen que pagar por las fechorías de que es culpable la casta fascista. Es tarea de todo el pueblo aprovechar cualquier vínculo familiar y las relaciones amistosas para hacer pesar en la conciencia de los uniformados la situación y la necesidad de contribuir a superarla. El conflicto no está planteado entre civiles y militares, sino entre fascistas y antifascista. Este conflicto también se manifiesta en los cuarteles, donde la DINA, policía personal del tirano, organiza intrigas y persecuciones en contra de los hombres de armas con sentimientos democráticos.

El Partido se dirige a la opinión pública internacional, agradeciéndole su generosa e inagotable solidaridad y llamándola a intensificar las acciones por el cumplimiento cabal de las resoluciones de la Naciones Unidas sobre Chile, el aislamiento aún más completo y efectivo de la Junta y salvar las vidas de los miles de presos políticos desaparecidos.

Salvador Allende, el primer Presidente revolucionario de Chile, nos dejó un gran ejemplo. Prefirió morir antes que rendirse frente a la antipatria. Entregó su vida por la causa de la libertad, la democracia y la independencia nacional. Esta causa tiene plena vigencia.

En sus últimas palabras dijo que, en definitiva, los procesos sociales no se detienen ni con el crimen ni con la fuerza y que la semilla que entregamos a la conciencia de miles de chilenos no podrá ser segada. Los hechos que vivimos lo confirman. El pueblo pugna por abrirse de nuevo camino al porvenir. Las luchas de hoy son anticipo de los grandes combates que nos conducirán a la victoria. Chile vencerá.

PARTIDO COMUNISTA DE CHILE